

EL GALLO ILUSTRADO
Argentina a

dos años de

un triunfo

electoral

ARGENTINA A DOS AÑOS DE LAS ELECCIONES

Hace dos años, el 11 de marzo de 1973, se realizaron comicios en Argentina después de seis años de gobierno militar. En ellos, triunfó el doctor Héctor Cámpora, candidato del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) que agrupó en torno al peronismo a diversas fuerzas, bajo la consigna de "Liberación o Dependencia". Pero al mismo tiempo en que Lanusse y sus generales reconocían en forma tácita una derrota, por otro lado surgía una pregunta inevitable: ¿es que acaso el régimen celosamente custodiado por los militares se ha dado por vencido?

En 1966 había sido derrocado el presidente Illia; su partido —la Unión Cívica Radical (UCR)—, nada pudo entonces contra el golpe encabezado por el general Juan Carlos Onganía. No opuso resistencia porque carecía del más mínimo apoyo de masas, mientras su propia legitimidad era cuestionada por el pueblo: los radicales habían llegado al gobierno con sólo el 23 por ciento de los votos del electorado y aceptando participar de una elección en que el peronismo —por ser mayoritario— fue proscrito.

Los militares, por su parte, no reaparecían en el horizonte político con un proyecto de contenido "nacional y popular" (como —por ejemplo— sucedió más tarde en Perú o Panamá) sino que reivindicaban el retorno a las concepciones más conservadoras de la sociedad, al mismo tiempo que subordinaban la economía nacional a los intereses monopólicos de los consorcios transnacionales.

El presidente Illia fue sacado en vilo de la casa de gobierno por media docena de policías; formalmente, fue un atropello grotesco a los principios constitucionales; en los hechos, no produjo manifestaciones de protesta, ni requirió la movilización de efectivos militares. El régimen —ese conjunto de fuerzas que detentaban el poder— recurría a las

Fuerzas Armadas para salvaguardar su existencia, frente a la crisis política que corroía el gobierno de uno de sus partidos tradicionales. Era un "recambio" en el seno del propio régimen. El pueblo estaba ausente porque otras eran sus inquietudes y expectativas, otras sus luchas desde que en septiembre de 1955 fuera derrocado el ahora desaparecido general Perón.

Sin embargo, Onganía contó en su favor —desde un principio— con un reducido núcleo de dirigentes sindicales enfrentados con Perón, liderados por el metalúrgico Augusto Vandor, y decididos a acrecentar su poder codo a codo con los militares, en una alianza que se proponía aniquilar el liderazgo ejercido por Perón desde el exilio.

LA VIEJA TACTICA DEL CABALLO DE TROYA

Así, fueron necesarios seis años de tenaz resistencia al gobierno militar, para llegar a las elecciones del 11 de marzo. Los peronistas, para ese entonces, computaban 18 años de lucha contra el régimen que los desalojó en 1955, y llegaban a las urnas agrupados en derredor de Perón, pero gravemente enfrentados dentro de su propio Movimiento.

El régimen había intentado contra el peronismo todos los "artilugios" imaginables. Al principio fue una represión brutal que incluyó masacres y fusilamientos; más tarde, la instrumentación de variadas propuestas políticas —todas de igual base económica— que tuvieron por meta desmembrar el partido mayoritario, y que fluctuaron entre el "desarrollismo" de Frondizi y el "corporativismo" de Onganía, hasta llegar al culto absoluto de la empresa monopólica que sostuvo Lanusse.

GERONIMO RAGAZ

Frente al peronismo se estrellaron uno a uno todos los proyectos de gobierno durante cerca de dos décadas. Y mientras en la lucha "frontal" todos fueron fracasos, no hubo duda de que más temprano que tarde el militarismo cedería a la democracia. Pero, concientes de ello, quienes detentaban el poder recurrieron al antiguo ardid de atacar al enemigo desde dentro, y apoyándose en el sector liderado por Vandor obtuvieron un éxito que, en última instancia, con el tiempo se convirtió en su arma más importante: el surgimiento de un "poder sindical" de alcances inverosímiles, adscripto (a pesar del repudio de sus bases) al régimen que permitió y promovió su desarrollo, mientras se reprimía violentamente al resto de las organizaciones sindicales.

La Argentina vivió años de intensa lucha que derivaron en el 11 de marzo, y dos meses después, el 25 de mayo, asumió Héctor Cámpora como presidente de la República. De allí en adelante, la lucha se sumergió dentro del peronismo, para permanecer en su seno hasta la muerte de Perón. Dos sectores antagónicos se enfrentaron; por un lado quienes sostenían (apoyando a Cámpora) el cumplimiento del programa del FREJULI, esto es, la ruptura de la dependencia económica y el desarrollo de un proceso de profundos cambios socio-políticos; por otro, la poderosa conducción sindical (apoyada por minoritarios encuadramientos partidarios) dispuesta a aceptar tan sólo una aparente "remodelación" del régimen para, en los hechos, garantizar su continuidad.

En junio se produjeron los sangrientos sucesos de Ezeiza, en que desde el palco monumental armado para recibir a Perón, se disparó contra las columnas que iban llegando al lugar. Y poco más tarde —en julio— renunció Cámpora con la esperanza de que Perón pudiera, personalmente, evitar el enfrenta-

miento que ensombrecía el futuro de la república.

UN DESENCUENTRO INEVITABLE

El 12 de octubre de 1973 Perón asumió la presidencia constitucional por tercera vez en tres décadas. Pocos días antes, había sido ultimado el secretario general de la CGT —José Rucci— a quien los sectores antivandoristas denunciaron como colaborador de la dictadura militar, y que al morir se convirtió en el tercer dirigente máximo de la CGT eliminado en un plazo de cinco años.

Rucci —como sus antecesores Augusto Vandor y José Alonso— era en el momento de ser emboscado, el símbolo inequívoco del "poder sindical". Había organizado con elementos de extrema derecha un grupo de choque destinado a combatir —violentamente— las críticas de la "Tendencia Revolucionaria" del peronismo (el sector partidario encabezado por la organización Montoneros). Los hombres subordinados a Rucci se jactaban de "estar eliminando sistemáticamente a los rojos infiltrados en el justicialismo"; compartían junto a una fuerza similar, organizada por el ministro López Rega, el "honor de haber atacado a los izquierdistas en Ezeiza". Estos grupos eran en esencia, el embrión de un "miniejército" con que la conducción derechista se proponía aniquilar a quienes se les oponían.

Por su parte, las organizaciones guerrilleras peronistas —unificadas en torno a Montoneros— respondieron a esas agresiones dirigiendo sus ataques contra los líderes "vandoristas". El enfrentamiento crecía minuto a minuto como resultado del choque entre dos propuestas políticas irreconciliables. Perón, entre tanto, proponía una especie de "concordato" entre moros y cristianos, y defendía públicamente a los sindicalistas, olvidando —aparentemente— que 18 años de violencia y contraviolencia habían abierto un enorme abismo entre unos y otros, y que el carácter de las estrategias enfrentadas incluía la eliminación —a lo menos política— del adversario.

En esos términos, el intento de Perón destinado a lograr un acuerdo entre las partes —y la pacificación—, se frustró irremediablemente. Y mientras las agresiones comenzaron a multiplicarse en forma acelerada, el poder de los sindicalistas se fortalecía en el seno de su gobierno.

A principios de 1974 la Juventud Peronista —la misma que Perón calificó de "maravillosa juventud"— quedó virtualmente marginada del gobierno. Su desencuentro con Perón fue inevitable: el líder, con el personalismo que lo caracterizaba, exigía que no se discutieran los lineamientos de su conducción; la Juventud y el resto de las organizaciones de base que le son afines, reclamaban la democratización del peronismo y la activa participación del pueblo en el proceso: "porque por ello se luchó y esa fue la voluntad expresada en las urnas". No sólo no hubo entendimiento, sino que el repliegue de un sector permitió a su contrario ocupar la totalidad de los resortes gubernamentales.

Al morir Perón el primero de julio, se comentó que "el general ha alcanzado la paz, de la que los argentinos nos alejamos vertiginosamente". Lo opinión fue exacta, dramáticamente metafórica. Luego de los funerales colosales con que el pueblo despidió a Perón, y cuando ya su viuda, Isabel de Perón, detentaba la presidencia, recrudeció el enfrentamiento y la violencia se extendió como por un reguero de pólvora.

LA INVOLUCION DE UN PROCESO

Con la desaparición de Perón culminó una etapa histórica y —claro está— se inició otra; bien diferente, marcadamente distinta, adversa, sombría, dolorosa... El legado del líder fueron sus consignas, la interpretación política que —durante treinta años— efectuó en torno a las esperanzas de liberación de su pueblo. Sin embargo, no dejó al morir un proceso revolucionario consolidado; mucho menos la institucionalización del país, o la democratización de su partido; por el contrario, dejó en manos de un grupo de dirigentes carentes de aceptación popular, la posibilidad de contar para sus fines con la totalidad de los mecanismos del Estado.

De inmediato se polarizaron las fuerzas ya enfrentadas. Los sectores que en vida de Perón ejercitaron la crítica, pasaron a la oposición virtual; los nuevos gobernantes, por su parte, no vacilaron en desarrollar una política de represión global, generalizada, mal encubierta bajo siglas que —como la AAA— no alcanzan a enmascarar su verdadero origen.

El programa político votado el 11 de marzo fue —aun cuando pudiera parecer insólito— calificado de "subversivo". Y quienes continuaron sustentándolo, los más, los que en él habían fijado sus esperanzas,

comenzaron a engrosar masivamente las listas de perseguidos políticos.

En seguida se produce el ataque a la libertad de prensa; se dinamitan periódicos (*El Mundo*, *Noticias*, *La Voz del Interior*) se secuestra y amenaza a corresponsales extranjeros; no pudiendo resistir las críticas, el gobierno elimina todos los órganos de oposición; más de 15 diarios y publicaciones. La Universidad es asaltada más que "intervenida": tres mil policías fueron designados "celadores" en los claustros; los ex rectores son amenazados o sufren gravísimos atentados, deben partir al exilio, o —como en el caso del rector de la Universidad Nacional de Salta— son encarcelados acusados de "actividades guerrilleras".

Los sindicatos de oposición fueron, lisa y llanamente, disueltos. Los gobiernos provinciales que intentaron impedir se atropellara el federalismo, recibieron como respuesta la intervención: las provincias más importantes del país, como Buenos Aires, Mendoza, Córdoba y Salta —entre otras— fueron intervenidas en 1974. Antes de ser clausurada, la revista *Causa Peronista* tituló su anteuúltima edición afirmando que "En La Plata el vandorismo le declaró la guerra al pueblo"; efectivamente, en una sola noche fueron fusilados cuatro peronistas, cuyas edades oscilaban entre los 18 y 65 años.

LOS FUSILAMIENTOS DE LAS TRES "A"

Muy poco después, el secuestro y fusilamiento de militantes, activistas o intelectuales de oposición al gobierno, se convirtió en un hecho cotidiano. Ocultándose bajo un nombre supuesto —Alianza Anticomunista Argentina— la represión asumió como norma asesinar a sindicalistas de base, periodistas, maestros universitarios, abogados defensores de presos políticos, militantes de los partidos legales, dirigentes estudiantiles, religiosos, obreros y escritores, que —en muy variadas formas— representaban un peligro para las ambiciones y proyectos del gobierno.

En la lista de víctimas de las tres "A" figuran hombres y mujeres, jóvenes y ancianos; desde un sacerdote católico como Carlos Mujica (destacado teólogo) a un distinguido intelectual marxista como el doctor Silvio Frondizi; de un diputado nacional peronista como el doctor Rodolfo Ortega Peña, a una muchacha del Movimiento Villero Peronista (que agrupa a los vecinos de las ciudades perdidas) Elsa Argañaraz, de sólo 19 años. De un anciano peronista (militar en retiro) como Horacio Chávez, a un dirigente obrero como Pablo Fredes, transportista.

Partiendo de la muerte de Perón como fecha de referencia, en pocas semanas el número de fusilamientos ascendió a 50, luego a más de 100, 150, y entonces la nómina alcanzó una velocidad tal que fue imposible registrar cada caso. Por otro lado, la brutalidad es manifiesta en cada crimen. En Tucumán fue asesinada la esposa y un hijo de un preso político; en Santa Fé son arrojadas atadas a un río dos abogadas de esa ciudad; antes de Navidad son asesinados el general chileno Carlos Prats y su esposa, aparecen mutilados los cadáveres de cuatro exilados uruguayos, y otros seis son muertos en el Río de la Plata como venganza por la muerte de Ramón Trópoli, en París; la noche de Reyes mueren fusilados cinco jóvenes de la Juventud Peronista (la más grande organización de juventudes de Argentina que al mismo tiempo reconoce en Montoneros su conducción política). Y éstos son sólo algunos ejemplos. En la ciudad de La Plata más de una docena de maestros y estudiantes de la universidad local fueron torturados y asesinados. En Salta —entre otros casos— fue dinamitado vivo un periodista. En Córdoba aparecen permanentemente cadáveres quemados para impedir su identificación.

A fin de 1974 fueron más de 200 las víctimas; entre enero y febrero de 1975 superaron el medio centenar; la violencia persiste, se recrudece, crece. En la gran mayoría de los casos el procedimiento es el mismo: un grupo de individuos se presenta en el domicilio de la víctima, se identifican como policías, lo arrestan y luego su cadáver aparece acribillado junto a un camino, o no aparece nunca más. En todos los casos el gobierno desconoce el hecho. Desde el fusilamiento del peribidista Fumarola —hace más de un año— hasta el día de hoy, ningún asesinato de la AAA ha sido esclarecido por la policía, ¡nunca la presidente Isabel Perón o funcionario alguno de su gobierno, han condenado uno sólo de estos crímenes!

GUERRA CIVIL ENCUBIERTA

El prestigioso diario *Le Monde*, de París, cuyo corresponsal en Buenos Aires fue amenazado de muerte por la AAA (y buscó refugio en la embajada francesa) fue el primer periódico que calificó de "Guerra Civil Encubierta" a la situación argentina. Fue un paso difícil. Argentina vivió una etapa de graves confrontaciones entre 1955 y 1973, y la prensa —progresista y democrática— fijó sus esperanzas a partir del 11 de marzo, en la posibilidad de que el país superara una crisis inequívocamente compleja.

La renuncia del presidente Cámpora fue interpretada como un acto de patriotismo, con que un sector demostraba su carencia de ambiciones sectarias, y al mismo tiempo que le abría a Perón el camino

a la Presidencia, confiaba en que el líder conduciría a buen puerto los destinos de la república. Muerto Perón, esas esperanzas se esfumaron, y el equipo que formalmente preside su viuda y en la práctica dirige el secretario de la Presidencia (virtual primer ministro) secretario privado de la jefe de Estado y ministro de Bienestar Social, José López Rega, puso de manifiesto su ambición de poder, la diferencia sustancial de su proyecto político con aquel votado por el pueblo y la determinación de reprimir a cualquier costo toda oposición.

Siendo el peronismo la mayor fuerza política del país, la represión —como en los gobiernos anteriores— se centró justamente en amplios sectores peronistas que rechazan la desnaturalización de su partido. En segundo lugar, sobre las organizaciones político-militares (Montoneros peronista y ERP marxista-leninista) cuyas luchas se han convertido en una pesadilla para el régimen. Y finalmente, sobre todas las agrupaciones o personas que en forma colectiva o individual sustentan criterios opuestos al gobierno; debiéndose destacar el asesinato de comunistas, socialistas, cristianos-revolucionarios e integrantes del FIP, entre las víctimas de partidos de existencia legal que incluso se oponen a la concepción guerrillera de "autodefensa" y "contraviolencia".

El conflicto ha superado con creces la dimensión y gravedad del que ensangrienta Irlanda. En el caso de rechazar la calificación de "Guerra Civil Encubierta", ¿de qué otra forma se podría calificar un enfrentamiento político y bélico de semejante magnitud? El promedio de víctimas es mayor en el Río de la Plata que en el Ulster; en Argentina se producen cuatro acciones armadas por cada una que se registra en Irlanda del Norte; las fuerzas militares que actúan en la norteña provincia de Tucumán, son casi el doble de las que Inglaterra ha movilizad contra el IRA, y proporcionalmente, el equivalente de las norteamericanas enviadas a Vietnam.

En cinco años han sido ultimados por la guerrilla unos diez altos jefes de las Fuerzas Armadas —sólo en el rango de generales y almirantes—, mientras muchos otros han sido abatidos o tomados prisioneros y basta citar como ejemplo que el ERP retiene a un coronel en una "cárcel del pueblo", desde hace ocho meses en que fue asaltada una poderosa unidad de Córdoba. Por su parte, varios cientos de combatientes revolucionarios han caído en acción, en derrotas infligidas por las Fuerzas Armadas a la guerrilla que no logran —de todas maneras— menoscabar el desarrollo de ofensivas y contraofensivas insurgentes, en una guerra que ya lleva dos décadas y es cada vez menos "silenciosa"

NOVEDADES

Aumentan a 35 las Víctimas en Argentina

BUENOS AIRES, Mar. 15. AP.- Mientras prosiguen las tareas de búsqueda y rescate en Neuquén y Río Negro, 1,600 kilómetros al suroeste de aquí, aumenta el número de víctimas de los desastrosos aluviones registrados en la zona esta semana.

Hoy se informó oficialmente que el número de muertos llega a 35 y que se descuenta que al ser removidos otros depósitos de lodo cerca de la ciudad de Neuquén la cifra podría pasar de 40.

En uno de los trabajos más importantes emprendidos por personal municipal y del ejército en un sector afectado de la ruta 22, anoche y esta mañana se procedió a volar partes del terreno para abrir nuevos cauces a las masas de lodo.

Los técnicos expresaron que de no terminarse en las próximas horas esa operación, los aluviones podrían precipitarse sobre la capital provincial de Neuquén, 100 kilómetros al este de Cutralco, la localidad hasta ahora más afectada por las inundaciones.

Excelsior

Emboscada a Empleados de López Rega Cerca de Tucumán; un Herido

BUENOS AIRES, 15 marzo. (AFP)—Funcionarios del Ministerio de Bienestar Social, que dirige José López Rega, cayeron el viernes en una emboscada tendida por guerrilleros, a 60 kilómetros de Tucumán, se informó hoy aquí.

Sólo un fotógrafo que viajaba con los funcionarios resultó herido en la cabeza. Se al nutrido fuego de armas automáticas que duró cerca de diez minutos, indicó un vocero del ministerio.

Los guerrilleros atacaron los dos automóviles en que viajaba la comitiva a la ciudad de la noche, en una acción montañosa cercana donde el 14 de febrero padeció fue muerto el teniente Héctor Cáceres, del Ejército argentino.

Impactos de bala de gran calibre fueron hallados en la carrocería de los vehículos, indicó el vocero.

En Tucumán, efectivos del ejército calculados en unos 5,000 hombres tratan de cercar a unidades del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

El ERP intentó a principios del año la proclamación de una "zona liberada" en Tucumán, lo que empujó al gobierno a lanzar al ejército tras sus huellas.